

AGRADECIMIENTO
Presentación del *Diccionario del Español de Nicaragua*
Banco Central de Nicaragua
11 de julio de 2007

Francisco Arellano Oviedo

Apreciados amigos: los elogios recibidos por la obra que hoy presentamos, más las felicitaciones llegadas por la vía telefónica, me han recordado una anécdota escuchada del controversial don Miguel de Unamuno, de quien se cuenta que en una ocasión que recibía una condecoración de su Majestad, dijo al Rey: “Majestad, le agradezco este honor que tanto merezco”. Estas palabras llamaron la atención del Monarca, quien dudó si lo escuchado encerraba una ironía o la inmodestia del rector de la universidad salmantina, y como Unamuno advirtiera el asombro, le insistió: “Mis palabras sólo dicen la verdad”. Más confundido el Rey le dijo: “otras personas que han recibido este honor, cuando lo agradecen suelen decir: recibo este honor concedido más por su generosidad que por mis méritos”, a lo que Unamuno respondió de inmediato: “También ellos le han dicho la verdad”.

Esta recordación me inhibe de calificar los elogios recibidos, pero tratándose de una obra en la que se han sumado esfuerzos de la Academia, la Asociación de Academias y de amigos, esta vez me permito decir gracias, porque este trabajo nos ha costado mucho, y también quiero hacer una confesión y algunas recordaciones relacionadas con los agradecimientos que ahora me corresponden.

Quiero confesar, sin caer en el lugar común ni en la declaratoria de los políticos, que he amado a Nicaragua.

Amor que se ha acrecentado quizá por haber vivido —diría desde mi niñez— muchos años fuera de Nicaragua. Recuerdo que cuando me enviaban los periódicos los leía y releía, incluso tomaba en cuenta los anuncios.

En un principio, la historia y geografía de este país yo las conocí a través de la poesía de Pablo Antonio, de Ernesto Cardenal, José Coronel Urtecho, Joaquín Pasos, y después llegué al conocimiento de los poetas de León: Salomón de la Selva, Alfonso Cortés, Azarías Pallais y el universal Rubén Darío.

Otro gran amor despertado y fomentado —talvez por mi religiosidad— ha sido el de la familia. De ésta pienso que es más importante honrar con la propia honorabilidad a los antepasados que vivir orgulloso de los méritos de aquéllos.

Y finalmente, doy fe de la especial veneración que he tenido a mis maestros, no sólo aquellos que me enseñaron a través de sus libros o de su ejemplo, sino también los del aula, como doña Amanda Zamora, quien me enseñó a leer en su escuela de la calle de El Arsenal en mi ciudad natal, Granada; el maestro Manuel Arana, del colegio salesiano de la misma ciudad; el cardenal Miguel Obando y Bravo, quien me enseñó Matemáticas en el Seminario; los sacerdotes Rafael Alfaro y José Manuel Guijo, quienes despertaron en mí el gusto por la poesía y me iniciaron en los estudios de las lenguas clásicas; mis maestros universitarios: Julián Corrales, Fidel Coloma y doña Elba Álvarez de Hernández, esta última se habría alegrado muchísimo por esta obra y por ver su nombre consignado entre los colaboradores de la misma, pero ayer el Señor dispuso citarla a una audiencia en la que seguramente hizo el reconocimiento de sus méritos por ser maestra de generaciones y nicaragüense intachable.

En la realización de una obra como ésta, que ha durado más de cinco años, uno vive múltiples experiencias: grandes entusiasmos, insólitos hallazgos, relación y

comunicación con personas de diferentes estratos sociales y culturales, credos religiosos y colores políticos. Todo esto es aprendizaje y enriquecimiento para quien investiga; pero si esto es alentador, la otra cara de la moneda nos recuerda la rutina, el tedio de leer cosas sabidas, salir a buscar nuevas palabras, realizar una reunión y no lograr los frutos esperados; las limitaciones económicas con las que tropieza todo investigador y ya no digamos las críticas que vienen de la calle y a veces de personas que uno cree que lo aprecian, y así estas críticas entran con uno a la propia casa y se esconden debajo de la almohada para robarle el sueño, para tentarlo a desistir de la obra empezada.

En circunstancias como ésta, recibí el aliento y empuje de mi esposa Gloria María, de mis hijos, de colegas de la Academia, como Carlos Tünermann Bernheim, Fernando Silva, Sergio Ramírez, Julio Valle-Castillo, Carlos Mántica y de mi equipo de PAVSA.

El amor por Nicaragua, por mi familia, por mis maestros y amigos ha sido el acicate para realizar esta obra que honra a la Patria, a la Academia Nicaragüense de la Lengua y a la Asociación de Academias de la Lengua Española y aclaro, no lo digo yo, lo han escuchado de mis colegas latinoamericanos y nicaragüenses. El *Diccionario del Español de Nicaragua* contiene las palabras de esta pequeña nación. De alguna forma, esas palabras que hablamos describen el mundo que vivimos, proyectan el genio y el ingenio de los paisanos de Rubén Darío, Salomón de la Selva, Pablo Antonio Cuadra, Ernesto Cardenal, Sergio Ramírez...

Gracias a todos los que han hecho posible esta obra y su presentación esta noche. He aquí los nombres principales: Academia Nicaragüense de la Lengua, Asociación de Academias de la Lengua Española, que preside y coordina la Real Academia Española, Telefónica Movistar de Nicaragua. Estas instituciones patrocinaron la impresión

de la obra, pero la labor de investigación de cinco años, el trabajo constante de compilación, revisión y correcciones, viajes y regalías a colaboradores, fueron auspiciados por el ahorro familiar que en lugar de depositarlo en un banco lo pusimos en la aventura quijotesca de un diccionario para Nicaragua.

Gracias al Banco Central de Nicaragua, que es nuestro anfitrión esta noche.

Al apoyo técnico de PAVSA: arte y diagramación de Francisco Arellano hijo y Lydia González Martinica; revisión y corrección constante de Gloria María Blanco de Arellano, Doris Arlen Espinoza García —principal colaboradora en edición— Karla Renata Miranda Chamorro y Francis Mendoza Morán.

Al equipo de informantes:

Rivas y San Jorge: Elba Álvarez de Hernández, q.e.p.d.

Granada: Jimmy Avilés —principal colaborador de la Región Oriental—, Fernando Silva Espinosa, Ramón Sequeira Alvarado y Carlos Arellano Ordeñana.

Masaya: Julio Valle-Castillo.

Managua: Francis Mendoza Morán y Francisco Bautista Lara.

Carazo: Gloria Elena Espinoza de Tercero.

León: Valeria Sequeira Pérez, Juana Francisca Real (q.e.p.d.), Georgina, Francisco y Eduardo Blanco Vargas.

Chinandega y Cinco Pinos: José Benito Sánchez G. y Carlos Andino.

Jinotega y Condega: Leticia Gómez, Wanda Cuba Mairena.

Matagalpa: Doris Arlen Espinoza, Eddy Kühl y Evelyn Flores Rayo.

Pueblo Nuevo, Estelí: Mayra López Mantilla.

Susucayán, Nueva Segovia: Blanca Olivia López Fúnez

Boaco: Armando Íncer Barquero.

Chontales y Río San Juan: Guillermo Roths Schuh Tablada y Karla Renata Miranda Chamorro.

RAAS y RAAN: Pedro Avellán y María Auxiliadora Rankin Hernández.

A los autores y cantautores nacionales, de cuyos textos se tomaron los ejemplos que aparecen en este Diccionario.

Gracias por los mensajes y comentarios alentadores de los señores directores de las Academias Asociadas.

Gracias a los medios de prensa por la cobertura que han dado a la obra y al evento de presentación.

Gracias a los asistentes que han ocupado todas las butacas de este Auditorio. Gracias a la maestra de ceremonia, Licda. Hilda Baltodano.

¡Gracias, muchísimas gracias y que disfruten el coctel de esta noche!